

NAPOLEÓN EL DOBLE¹

Hacia el final de la biografía política de Napoleón, Steven Englund comenta que los sucesivos regímenes franceses nunca han sabido muy bien cómo integrar al Emperador en sus representaciones oficiales de la historia nacional, y que la Quinta República no es una excepción. Estudioso independiente que reside en París, con orígenes familiares en el sector cinematográfico –es coautor, entre otras obras, de *The Inquisition in Hollywood*, un estudio sobre el McCarthysmo en los estudios, y en una ocasión escribió una biografía de Grace Kelly– Englund es también un historiador que hizo su tesis doctoral sobre «El origen del nacionalismo de oposición en Francia, 1881-1889» bajo la dirección de Arno Mayer, y publica como cualquier otro en revistas profesionales. Su próximo libro será una biografía de Charles de Gaulle. La vida de Bonaparte está escrita dentro de la tradición de las biografías de grandes hombres en interacción con su tiempo, y no amplía de manera alguna los límites del género. Pero, destinada a un público culto, sobresale del conjunto de obras de ese tipo sobre Napoleón por el nivel de inteligencia analítica, el dominio de los estudios recientes y el enfoque en general equilibrado con el que aborda a su protagonista. Es también un placer para la lectura.

Hace una década, Englund señaló que parecía haber pasado la época de las apologías o de los ataques apasionados a Napoleón. Mientras que el atractivo de los grandes historiadores que escribieron sobre el Emperador en el siglo XIX radicaba en un «triunfo del compromiso sobre la objetividad», hoy en día «a un historiógrafo le resultaría difícil hacer una lectura emocionante de las diferencias de opinión relativamente ligeras y matizadas que los historiadores ofrecen en su visión general de Napoleón». El estudio de Englund, escrito desde una posición de centro-izquierda, recupera el compromiso político, sin permitirle eliminar la objetividad erudita.

La cuestión subyacente que modela la forma de esta biografía es el fenómeno de consentimiento nacional al gobierno de Napoleón: las razones

¹ Steven ENGLUND, *Napoleon: A Political Life*, Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press, 2005, 575 pp.

de por qué no sólo la clase política y la alta burguesía de Francia se aliaron tan incondicionalmente con Napoleón tras el derrocamiento de la monarquía, sino también porque la masa del pueblo francés en general estaba dispuesta a luchar con valentía, incluso después de 1812, en una fútil defensa del Emperador. La respuesta dada por Englund determina el relato y la estructura de su libro. Considera a Napoleón un hijo de la Revolución, que una vez en el poder fue considerado por sus contemporáneos el guardián indispensable de los logros de ésta. Para ellos, sostiene, se trataba de elegir entre él –y no importaba que fuera Napoleón general, Napoleón cónsul o Napoleón emperador– o la restauración de los Borbones. No había otra cosa imaginable, y sus opositores internos no ofrecieron ninguna otra alternativa. La creencia en tal dilema no fue meramente obra de Napoleón, aunque ciertamente contribuyó mucho a la construcción de la misma, sino que también fue alentada por la forma en la que lo retrataron las sucesivas coaliciones que las potencias europeas organizaron en contra de él. Las cabezas coronadas de Europa nunca lo aceptaron verdaderamente como un igual, ni siquiera después de que se casara con la sobrina de María Antonieta, sin que les importaran las insignias que llevara o de cuántos condes y duques se rodeara. Para ellos fue siempre producto de la República; algo que el propio Emperador, como demuestra Englund, nunca olvidó por completo.

El diseño general de la biografía refleja este punto de vista. Está dividida en cuatro partes, cada una encabezada con un verso de la primera estrofa de la *Marsellesa*. Así *Allons enfants de la Patrie*: el joven Bonaparte congrega a Córcega, su tierra natal, y después a la Francia revolucionaria. *Le jour de gloire est arrivé*: aporta a la República triunfo tras triunfo en el campo de batalla. *Contre nous, de la tyrannie*: a medida que erige su imperio, las monarquías europeas forman contra él una coalición tras otra. *L'Étendard sanglant est levé*: el Antiguo Régimen se impone y vuelven los Borbones. La bandera sangrienta de la tiranía gana por el momento. En esta biografía narrativa se entreteje otro tema. Es el relato de un ascenso personal a la gloria y enseguida el descenso autoimpuesto, que se cuenta con gran pesar y con mucha tristeza. Para Englund, el deterioro de Napoleón empieza con la ruptura de la paz de Amiens en 1802, de la que lo considera principal, aunque no exclusivo responsable. Después, el orgullo desmedido conduce a una serie de elecciones incorrectas y una perspicacia política cada vez menor, ya que las sucesivas decisiones equivocadas disminuyen las opciones disponibles, hasta que al final la senda tomada parece prácticamente inevitable. En este plano, la biografía es la historia de la progresiva decepción que el protagonista provoca al autor.

De ahí se entiende que Englund centre su interés en una serie de exclusiones. La primera de ellas es cualquier consideración extensa de las cualidades de Napoleón como comandante militar. Aunque explica que en la niñez lo que le fascinaba era el Napoleón general, batallas y estrategias quedan confinadas en este libro prácticamente al mínimo. El tema de Englund es la política, no las armas: a la campaña rusa le dedica sólo tres

páginas de las casi seiscientas. Cualquiera que desee una idea clara de lo que más distinguió a Napoleón como comandante militar, además de la suerte y de la improvisación, debería buscar en otra parte. Y tampoco le interesan en especial los aspectos más enigmáticos de la personalidad de Napoleón. El retrato psicológico que ofrece del joven Bonaparte, hasta los veinte años, cuando estalló la Revolución, es bastante vívido. Pero una vez que entra en juego la política, a partir de 1789, el tratamiento dado a Napoleón como ser humano se vuelve mucho más descuidado.

Si bien esto le ahorra muchos comentarios banales o conjeturas, también limita lo que pudiera decir sobre aspectos del carácter y la evolución de Napoleón que son claramente interesantes. Sus relaciones con el sexo opuesto son el ejemplo más llamativo. Nada podía parecerse menos a un frío calculador de la ventaja política que el oficial de 24 años locamente enamorado de Josephine Beauharnais, que no sólo era mucho mayor, sino que sentía por él indiferencia y le era infiel. Su infidelidad se hizo pública –gracias a los buenos oficios de Nelson– en *Morning Chronicle*, en una hazaña precoz de la prensa amarilla, pero Napoleón se la perdonó y ella siguió siendo su mejor amiga hasta su muerte. Englund trata la relación afectuosa que existía entre los dos con respeto, pero sin profundidad. Hacia el final de su vida, Napoleón confesó que «Josefina poseía un conocimiento exacto de las intrincaciones de mi carácter», pero no son éstas las que detienen a Englund. El biógrafo nos recuerda adecuadamente la actitud conservadora de Bonaparte hacia las mujeres en cuanto alcanzó el poder –el Código Civil restauró buena parte del patriarcado prerrevolucionario, «incluido un endurecimiento de las reglas del divorcio y la subordinación de las mujeres al marido y al padre»– y cita el comentario que hizo en Santa Helena de que «uno no debe dejarse atrapar en una discusión con las mujeres; es mejor escuchar en silencio, porque hablan irracionalmente». Pero también menciona «un momento más honrado» en el exilio, cuando el Emperador depuesto se lamentaba de no haber concedido tiempo a las mujeres: «Podría haber aprendido mucho de ellas». En general, se dejan a un lado las incongruencias que a lo largo del tiempo fueron surgiendo entre lo personal y lo político.

Otro aspecto relativamente descuidado de la personalidad de Napoleón es su evolución intelectual, de la que Englund no proporciona un análisis sostenido. También a este respecto se nos dice más antes de la toma del poder supremo que después. En opinión de Englund, fue después de la graduación en la *École Royale Militaire* en 1785, al liberarse de un programa rígido y de una instrucción mediocre, cuando «se manifestó como un autodidacta nato». Enviado inicialmente a Valence, en los ocho años siguientes Bonaparte leyó vorazmente sobre una amplia gama de temas, desde astronomía y matemáticas hasta geografía y filosofía, se impregnó de textos de la Ilustración y del prerromanticismo, y probó a escribir narrativa, relatos cortos y una novela. Admiraba –una ironía especial, dadas sus posteriores acciones– y comentó la *Histoire des deux Indes* de Raynal, una obra apasionadamente anticolonialista, y leyó todas las obras

de Rousseau, desde *El contrato social* hasta las *Confesiones*. En la cúspide de su imperio, estando en Ermenonville, donde Rousseau pasó sus últimas semanas, dijo a sus compañeros de viaje: «Sólo el futuro nos dirá si no habría sido mejor, por el bien de la paz en el mundo, que Rousseau y yo no hubiéramos existido».

El episodio más notable de la carrera intelectual de Napoleón fue, por supuesto, la expedición a Egipto de 1798. Englund no se entretiene mucho en el aspecto científico y erudito de esta empresa. Pero quienes viajaron a Alejandría en el mismo barco que Bonaparte recordaban «sesiones de aprendizaje» sobre el *Discurso sobre el origen de la desigualdad* de Rousseau durante la travesía. Siempre que sus obligaciones militares se lo permitían, asistía a las discusiones científicas del Instituto Egipcio que creó en El Cairo, y participaba en ellas. A los contemporáneos les intimidaba su inteligencia. Englund observa que a quienes lo rodeaban les impresionaba su habilidad para atender a varias cosas al mismo tiempo, y cita al naturalista Geoffroy Saint-Hilaire, que recordaba una escena en la que Bonaparte, en vísperas de su viaje de vuelta de Egipto, atendió simultáneamente varios problemas militares urgentes, dio instrucciones referentes al viaje, y mantuvo con el matemático Gaspard Monge un largo debate sobre Newton.

¿Y en periodos posteriores? Por la crónica de Englund parece como si los intereses intelectuales de Bonaparte no sobrevivieran a estos primeros años. Se echan de menos las referencias a los intercambios que durante toda su vida mantuvo con los *savants* que lo acompañaron a Egipto, o a las pruebas que atestiguan que conservó sus dotes, como demuestra la reunión que mantuvo con Goethe -autor de una de las novelas favoritas de su juventud, *Las tribulaciones del joven Werther*- en Erfurt en 1808. Englund pasa por alto este encuentro, pero quienes estuvieron presentes en él, así como la propia correspondencia de Goethe, hablan de dos largas y absorbentes conversaciones sobre literatura y teatro, tras las cuales Goethe escribió que Napoleón le parecía un crítico penetrante de su obra. Episodios como éste sugieren un retrato más complejo de la figura que contemporáneos como Hegel, Byron y el joven Stendhal encontraron tan fascinante.

En lugar de explorar estos rasgos de su protagonista, Englund acude a figuras legendarias de la Antigüedad para iluminar a Napoleón, en especial Alejandro y César. Insiste en la poderosa función ilustrativa que Roma desempeñó en la cultura política del Antiguo Régimen, y en qué medida substituyó de manera más o menos abierta al cristianismo como almacén de máximas para los hombres situados en la vida pública y tiene razones para sugerir que las comparaciones entre sí mismo y los conquistadores del mundo antiguo quizá ayudaran a formar la opinión que Napoleón tenía del mundo. Un panfleto titulado «El paralelo entre César, Cromwell, Monck y Bonaparte», distribuido anónimamente a finales de 1800 y probablemente escrito por Lucien Bonaparte con la connivencia de su hermano, trazaba un paralelismo pensado para abrir el camino a la elevación de Napoleón a cónsul vitalicio.

Lucien, comenta Englund, estaba dispuesto a «arriesgarse a asumir el complicado bagaje político de César como sepulturero de la República romana, para reivindicar su fuerza y su gloria únicas». Pero más de una vez Englund cae en analogías inciertas que son puras conjeturas: como César, Napoleón pierde a su padre a los quince años, es también un adulto de muy baja estatura, orgulloso pero no engreído, un extraño perpetuo, etcétera. Dado que conocemos poco sobre el carácter de César, aparte de los mitos y las leyendas biográficas, y poseemos abundante documentación contemporánea sobre Bonaparte, dichas excursiones parecen equivocadas. Fue Napoleón quien aconsejó al Consejo de Ancianos del 18 Brumario: «Dejad de buscar en el pasado ejemplos que no harán más que frenarnos. No hay en la Historia nada parecido al final del siglo XVIII; nada de lo ocurrido a finales del siglo XVIII se parece a este momento».

Si ésas son las limitaciones del libro de Englund, el subtítulo, *A Political Biography*, define sus puntos fuertes. Empieza el relato resaltando el contexto corso en el que Napoleón pasó su feliz niñez. La isla, dependencia de Génova, se había proclamado Estado independiente bajo el carismático líder Pasquale Paoli, en 1755. Llamado *Babbù* (padre) por los campesinos de la isla, Paoli se embarcó en un proceso de construcción nacional que incluía un fuerte hincapié en la educación –abriendo una imprenta, un periódico y una universidad– con la esperanza de que esto permitiera a los habitantes de Córcega «andar solos». Su régimen fue un avanzado experimento social ampliamente admirado por la opinión ilustrada, e impresionó a observadores tan diversos como Boswell, Voltaire, Franklin y Rousseau. Pero catorce años después, la posición estratégica de la isla en el Mediterráneo y el riesgo de que pudiera caer en manos inglesas provocaron la invasión francesa. El ejército francés, enormemente superior, aplastó la resistencia y Paoli se exilió en Inglaterra. En los últimos cuatro años de su gobierno, Carlo Buonaparte –padre de Napoleón– se mantuvo al lado de Paoli durante los últimos cuatro años de su gobierno, y aunque provenía de una familia conservadora, se mantuvo a su lado hasta el sangriento final en Ponte Nuovo. Aunque poco después se unió a los ocupantes, en opinión de Englund se mantuvo, como otros de su generación, profundamente afectado por la experiencia de la revolución corsa. Napoleone, su segundo hijo, nació dos meses después de que Paoli abandonara la isla, pero Englund cree que heredó de su padre un sentimiento de «la nación» y de la «igualdad ante la ley», y la creencia de que mantenerse activo en el terreno público era natural y deseable.

El cultivo de la nueva administración francesa por parte de los padres de Napoleone dio fruto cuando los Buonaparte se convirtieron en una de las 78 familias corsas del gobierno de Luis XVI integradas en las filas de la nobleza francesa. Esto permitió a los dos hermanos, Joseph y Napoleone, asistir en Francia a «escuelas para caballeros». Napoleone salió de la isla a los nueve años para un viaje educativo que terminó en 1785, cuando se graduó en la École Royale Militaire a los dieciséis años. Pero seguía siendo un extranjero a medias, que interiormente no estaba en absoluto integrado en el aristo-

crático cuerpo de oficiales. La Revolución mostraría «el inmanente abismo *político* que lo separaba» de la enorme mayoría de sus compañeros de clase. Fue el único graduado de artillería en la ERM que sirvió a la República Francesa. Los otros emigraron o afrontaron la guillotina.

Napoleón, por el contrario, se lanzó con entusiasmo durante aproximadamente tres años a llevar la Revolución a Córcega, adonde Paoli había vuelto. Pero cuanto tuvo que elegir entre la identidad política corsa y francesa, rompió con Paoli y escogió Francia. En el verano de 1793, su patriotismo se había vuelto francés y en el otoño demostró su valía en la liberación de Toulon como soldado del régimen jacobino de París. En Santa Helena, decía de aquella temporada: «Ha habido jacobinos buenos. En algún tiempo cualquier hombre inteligente tenía que serlo. Yo también lo fui». En Robespierre veía «un hombre sin ambición personal que “luchó por el triunfo de la Revolución”» y cuya caída «me afectó, porque lo apreciaba mucho». Cuando se convirtió en primer cónsul, Napoleón concedió una pensión a la hermana de Robespierre, Marie. Englund acaba la primera parte de su libro con la energía puesta por Napoleón en ayudar a aplastar el levantamiento monárquico de septiembre de 1795 –Vendémiaire– en París.

La segunda parte se traslada a las campañas de Italia y Egipto que en el plazo de cuatro años llevaron a Napoleón al poder en Francia. Englund no se detiene en los triunfos y las derrotas militares de este periodo, si acaso quita importancia a batallas legendarias como Arcola y Lodi, a las que considera en sí mismas menos decisivas de lo que oficialmente representaron. Lo que más resalta es el extraordinario ascendiente que Bonaparte adquirió enseguida sobre los soldados y los oficiales en el campo de batalla, afirmando que «el grado de autoridad que ejercía sobre ellos era único [...] se convirtieron en sus hombres en un grado en el que jamás lo fueron de ningún otro».

A veces, la admiración de Englund por el joven comandante de la República raya la apología. Hace un análisis muy benévolo del Tratado de Campo Formio que entregó la República de Venecia al absolutismo austriaco, ampliamente considerado en su momento una traición sin escrúpulos del principio revolucionario. No sólo excusa la decisión de administrar a los soldados franceses heridos una dosis mortal de opio después del fracasado sitio de Acre, en lugar de evacuarlos, con el argumento de que Bonaparte sabía «de qué eran capaces los turcos», sino también la ejecución de tres mil soldados otomanos tomados prisioneros en Jaffa (de lo que eran capaces los franceses). Lo que a Englund le interesa explicar es que a finales del siglo XVIII la gloria se concebía sobre todo en términos militares; la victoria en el campo de batalla era el *ne plus ultra* como valor. Al contrario que la nuestra, sostiene, ésta era una época que respetaba la guerra como teatro de la vida, donde se desplegaba un espectáculo de grandeza humana, y se hacían héroes. Otra cuestión es que esto sea en realidad tan diferente de lo que ocurre hoy. Entonces, señala, fue la izquierda radical la que impulsó una política exterior belicosa e imperialista. El uso anacrónico que hace del término es sorprendente, pero no

aislado: califica al asesinato del general Kléber en Egipto de «fanático religioso que empuñaba una daga».

A su vuelta de Egipto, en el otoño de 1799, Bonaparte, que había dejado atrás a sus soldados entre las arenas, fue recibido como un héroe. Su entrada en París en octubre fue seguida a las veinticuatro horas de las noticias sobre «su gloriosa victoria en Abukir» en julio. Englund sostiene que la acusación de desertar del ejército expedicionario, que permaneció en Egipto otros dos años, fue una invención posterior de unos cuantos adversarios políticos. Al volver lo festejaron como soldado *republican*, y quienes dudaban de él pertenecían a los monárquicos, no a los jacobinos. Antes de describir la conclusión de su vuelta triunfal a Francia, Englund se detiene en la distinción teórica entre «la política» (*la politique*) y «lo político» (*le politique*). La primera, dice, es la moneda degradada por la que compiten mezquinos políticos, directores electorales y grupos de presión. El segundo es un término más elevado. Para algunos teóricos, como Sheldon Wolin en Estados Unidos o Pierre Rosanvallon en Francia, «lo político» pertenece a la nación; para otros, como Carl Schmitt, pertenece al Estado. Bonaparte, sostiene él, despreciaba «la política», pero apreciaba «lo político». En la visión que tenía de éste, formas como la «nación» o el «pueblo» eran mucho más una emanación del Estado, que una verdadera reunión de ambas. Pero Englund sostiene que para Bonaparte –al menos en esta fase– eso no significaba cualquier Estado, sino la República, definida simplemente como «la soberanía del pueblo», que, como escribió a Talleyrand en septiembre de 1797, era «lo único que me parece que hemos definido verdaderamente en los últimos cincuenta años». Todo lo demás, la doctrina de la separación de poderes, los derechos individuales, el poder judicial independiente, no era más que política, y «es la política la que conduce a la catástrofe sin que exista un verdadero crimen». Más tarde invocaría como prueba su experiencia en Italia, donde los *giacobini* cisalpinos se habían distraído tanto con las doctrinas y las facciones que no consiguieron unirse eficazmente en torno a un proyecto de construcción estatal.

Quizá es dudoso en qué medida Bonaparte había desarrollado una plena concepción del poder cuando Lucien lo capturó en efecto para él el 18 Brumario. Es bien conocida su deslucida actuación el día del golpe. Englund minimiza su clara falta de audacia y el carácter motivado de la resistencia contra él, que tachaba todo el drama –en palabras de Réal, el número dos de la policía dirigida por Fouché– de una especie de farsa. La posteridad lo juzgó de otra manera. Pierre Larousse, en su *Gran Diccionario Universal del Siglo XIX*, publicado en 1862, incluyó dos entradas distintas, una para Bonaparte, y la otra para Napoleón I. La de Bonaparte dice: «General republicano nacido en Ajaccio (Córcega) el 15 de agosto de 1769 y muerto en Saint Cloud el 18 Brumario del Año VIII». Englund señala, sin embargo, que en aquel momento la reacción del público francés al golpe de Brumario fue muy escasa. La obra reciente de Thierry Lentz ha demostrado que en las zonas rurales de Francia se interpretó como un golpe diseñado en nombre de la Revolución contra la derecha.

Con las reformas sociales y políticas en las que se embarcó el primer cónsul después de su ajustada victoria sobre las fuerzas austriacas en Marengo en junio de 1800, Francia recibió el código napoleónico. Englund considera su obra de estos años como otros tantos pasos decisivos hacia la modernidad política. Si bien todas las instituciones creadas en este periodo llevaron el sello de su creador, no habrían sobrevivido en la cultura política cada vez más democrática de la Francia moderna si hubieran podido atribuirse sólo a los objetivos de un hombre. Los dos elementos centrales del tratado fueron el *Code civile* y el *Concordat*. El primero, cuya denominación cambió a *Code Napoléon* en 1807, fue recopilado por juristas escogidos a dedo. Bonaparte, que en otro tiempo había «soñado que fuera posible reducir todo el derecho a simples demostraciones geométricas», no era consciente de que se trataba de un ideal absurdo. Asistió casi a la mitad de las reuniones del Consejo de Estado en las que se debatió el Código (que Stendhal confesaba leer anualmente por su estilo). Aunque los historiadores han calificado a menudo su espíritu de esencialmente burgués, Englund sostiene que «a un comerciante o a un industrial burgués de 1800 el Código Civil no le habría parecido, profesionalmente hablando, especialmente agradable o con visión de futuro, porque su noción de «propiedad» se basaba principalmente en formas inmóviles de riqueza agraria; una noción “aristocrática” de hecho».

Si no hubo oposición al manejo del derecho por parte del nuevo régimen, no se puede decir lo mismo del trato dado a la religión. La opinión que Bonaparte tenía de ésta se mantuvo fríamente escéptica toda la vida, en la tradición más realista de la Ilustración. «La única manera de que un hombre que se está muriendo de hambre –comentó siendo joven– acepte ver a otro hartarse es que exista una autoridad que le diga “es la voluntad de Dios [...] pero en la eternidad será de otra manera”.» Estaba decidido, sin embargo, a llegar a un acuerdo con la Iglesia católica, no sólo para privar a la fragmentaria resistencia a su régimen de la fuerza más unificadora, sino para aprovechar la autoridad eclesiástica para estabilizar su propio poder. Como dijo de manera característica, «en la religión no veo el misterio de la encarnación, sino el misterio del orden social».

No pensaban así algunos de sus más cercanos aliados y administradores: Volney, Fouché, Talleyrand y muchos de sus oficiales se oponían al Concordato. Pero para Englund fue un golpe maestro del primer cónsul, y se deshace en elogios con Pío IX, el dócil instrumento de dicho Concordato. Considera que fue decisivo para aliar a los franceses en torno al consulado, y después en torno al imperio, cuando se llevó al Papa para que bendijera la aut coronación de Napoleón en Nôtre Dame.

Pero esto es adelantarse. Englund rechaza la opinión generalizada de que el gobierno del primer cónsul después de Marengo ya era en la práctica una monarquía, a juzgar por lo que siguió. Ciertamente no era lo que Bonaparte o sus contemporáneos pensaban. La República Francesa seguía siendo el

único Estado europeo en el que el poder derivaba formalmente de «la nación». El reciente descubrimiento de hasta dónde llegó Lucien Bonaparte como ministro del Interior para amañar los resultados de los sucesivos plebiscitos es para Englund prueba de la necesidad que el gobierno tenía de aparentar legitimidad popular. Si lo que entonces tomó desprevenida a Francia fue el gobierno mediante la administración, la despolitización del país la deseaba una abrumadora mayoría de la población, satisfecha de dejar la política como reserva única del Estado. Las reformas consulares deben considerarse un medio «por el cual la sociedad propietaria del siglo XVIII, dirigida por un general de la Ilustración, luchaba por salir adecuadamente del caos político más extravagante». Apropiadamente, su líder —elegido, en efecto, por una combinación de gloria militar y brillantez intelectual— era miembro de la baja nobleza de una sociedad rural tradicional, con tendencia a recurrir a lo que mejor conocía y a aquello en lo que más confiaba; no sólo su propia familia inmediata, sino también muchas de las normas de la sociedad católica agraria y su supuesta armonía.

En la tercera parte, *Contre nous, de la Tyrannie*, la admiración de Englund empieza lentamente a vacilar. El Tratado de Amiens en 1802 debería haber concedido a Europa un lapso de verdadera paz después de una década de guerra, y a Francia una oportunidad de disfrutar de todas las ventajas de su acuerdo interno. Pero Bonaparte desaprovechó la oportunidad, y acosó a Inglaterra con una serie de movimientos poco meditados hasta finalmente romper el Tratado y declarar la guerra cuando no la quería. Las reacciones políticas exageradas acompañaron a los errores diplomáticos. Cada vez más, se obsesionó con la oposición a él. Aceptó voluntariamente la crítica en privado, pero no podía soportar que lo criticaran, y mucho menos que lo ridiculizaran, en público, y llegó a tomar su propia pluma para refutar calumnias en la prensa inglesa.

La resistencia interior de cualquier tipo era de hecho débil y fragmentada. Los liberales del Instituto, del poder legislativo y de los salones sólo querían que se reconociera su papel de leal oposición. Nunca ejercieron una convincente política de protesta en torno a los valores republicanos, y al gobierno le resultaba fácil tacharlos de faccionarios. La izquierda jacobina fue implacablemente proscrita después de un atentado fallido en contra de él, del que se sabía que había sido una conspiración anglo-monárquica. El Duc d'Enghien, un príncipe Borbón que residía al otro lado de la frontera alemana, fue gratuitamente secuestrado y ejecutado, lo que provocó la ira de las elites de toda Europa. A los pocos días se estaban ideando planes para que el cónsul vitalicio se convirtiera en emperador. Considerado por los republicanos como la suprema traición de Napoleón, el imperio fue tachado por los Borbones de «hijo de la Revolución», lo cual ayudó involuntariamente a fortalecerlo. Si había una legitimidad por la que Napoleón Bonaparte nunca tuvo que preocuparse, escribe Englund, fue su actitud revolucionaria a los ojos de todos los demás monarcas, especialmente después de que se coronó. Con este acto galvanizó a la contrarrevolución como nada lo había hecho desde la ejecución de Luis XVI.

Aunque todavía encontrará maneras de explicar y apoyar a Bonaparte hasta 1807, en este punto empiezan las lamentaciones de Englund ante la senda tomada por su protagonista, y la decepción matiza cada vez más a la admiración. Siendo primer cónsul, Bonaparte había «dominado con brillantéz las técnicas de la política de la época», estaba convencido de que «su comprensión de los elementos esenciales era más segura que la de cualquier rival o posible rival» en el gran juego del tiempo, y de que sus rivales estaban siguiendo el mismo juego político que él, sólo que él era mejor. Pero después de 1804, y todavía más después de 1807, lo tomó por sorpresa que Prusia se movilizara contra él: «El primer cónsul habría previsto lo que el emperador, cada vez más ciego a cualquier punto de vista que no fuera el suyo, no consiguió ver: Federico Guillermo III estaba ahora listo para devolver el golpe». En Jena, los prusianos perdieron. «Pero ésta, la mayor campaña de Napoleón por el rápido azote contra la capacidad de resistencia del enemigo, no le aportó nada a modo de paz, y fue culpa suya.»

Al invadir España en 1808 olvidó lo que él mismo había sabido una década antes: «España sorprendió a Europa y a sí misma, y al único al que no habría sorprendido habría sido a un joven general Napoleone Buonaparte, quien en 1794 comentó que en España era imposible vencer una guerra territorial por el levantamiento nacional que podría causar. Pero al menos por entonces, ese general ya no existía». En cinco años de guerra, las pérdidas de Francia en España superaron a las de la campaña rusa. Como emperador, Napoleón estaba perdiendo la percepción de los enemigos organizados contra él; siguiendo el criterio de Schmitt, estaba perdiendo de hecho su comprensión de lo político.

La caída llegó de la misma manera. En la cúspide de su poder militar, tras derrotar a Prusia, la cumbre de dos semanas entre Napoleón y Alejandro I en una balsa en Tilsit selló aparentemente una alianza que apartaba a Inglaterra del continente. A Napoleón le gustó tanto el zar que consideró un «tratado de paz», no una mera alianza, e imaginó que podía seducir al gobernante ruso para alcanzar el más estrecho de los abrazos, llegando a escribir a Josefina: «Si Alejandro fuera mujer, la haría mi amante». Por su parte, Alejandro hablaba de lo completamente desagradable que le resultaba «pasar horas en un *tête-à-têtes* con el corso». Napoleón no sólo malinterpretó la química personal entre ellos, sino que también pasó por alto la probada disposición del zar a traicionar a un aliado, por no hablar de las advertencias que recibió de Savary, su enviado a San Petersburgo, sobre la implacable hostilidad de las elites rusas contra Bonaparte y contra el tratado.

Ahora sabemos, escribe Englund, «que el zar y sus generales se estaban preparando para la guerra desde 1810, y planeaban tomar la ofensiva». Pero mientras que en Europa central la Grande Armée hubiera sido con toda probabilidad un enemigo demasiado poderoso para las tropas zaristas, la invasión preventiva de Rusia era otro asunto. Caulaincourt, por entonces su principal asesor político, rogó durante siete horas a Napoleón

que no lo hiciera. Napoleón no sólo calculó mal el invierno ruso, sino también su objetivo, al creer que la nobleza rusa pediría la paz en cuanto cayera Moscú, cuando hacía tiempo que ésta había aceptado San Petersburgo como la capital de su imperio.

Englund da otros muchos ejemplos de conocer mal a los rivales, arrogancia e incapacidad para escuchar a los asesores, vanidad e ilusiones de que sus habilidades diplomáticas eran superiores. Deja abierta la cuestión de si todo esto hizo que la destrucción de Napoleón fuera inevitable, o si incluso sin ello las cabezas coronadas de Europa nunca hubieran descansado hasta derrocarlo. Se podría decir que cuanto más invencible parecía en el campo de batalla, más dispuestos parecían rivales como Alejandro o Francisco I de Austria a aceptarlo. Si no fuera por su continuo expansionismo militar, ¿no lo habrían aceptado como un igual con el paso del tiempo, por muchos cortesanos monárquicos que pudieran albergar, o a pesar de las frecuentes demostraciones de incansable hostilidad por parte de Inglaterra? Ni el propio Napoleón estaba seguro. En 1809 dijo a Savary: «No nos engañemos; todos han concertado un *rendez-vous* en mi tumba, pero nadie quiere ser el primero en ir allí».

El que la cuestión sea difícil de juzgar se debe en parte a la forma en que Englund ha construido su libro. *Napoleon: A Political Biography* es inquebrantablemente galocéntrico. La escena internacional en la que Napoleón operó durante dos décadas nunca se analiza por sí misma, y en ningún momento se estudia seriamente o se describe con cuidado cualquiera de los otros actores significativos. El lienzo europeo es curiosamente abstracto de principio a fin. Los demás líderes y potencias se caracterizan con excesiva brevedad, en el mejor de los casos, para que ellos o sus políticas resulten comprensibles, dejando a Napoleón actuar en un proscenio extrañamente vacío. La ausencia más llamativa es la de Inglaterra, que sólo desempeña el papel más marginal en el relato. Pitt y Wellington tienen poco más que papeles de figurantes. Si bien esto se puede interpretar como una sana reacción contra las obsesiones anglófonas, la vara se ha curvado excesivamente en la dirección opuesta. A veces parece que Englund hubiera adoptado de su protagonista la misma «aversión a la política» y el trato dado a otros gobernantes europeos «como si fueran» –meramente– «cabecillas ofendidos y conspiradores de facciones y partidos».

En compensación, la atención que Englund concede al papel de Napoleón dentro de Francia es muy perspicaz. De acuerdo con su descripción, París en torno a 1807 era una ciudad donde se podían ver menos panfletos, carteles, periódicos y asambleas que en la década de 1790, así como menos teatros e imprentas. Había más soldados, sacerdotes y funcionarios en sus calles, y más iglesias, escuelas, museos y obras públicas. El aspecto de la ciudad era imperial y cosmopolita. La Revolución podía parecer distante, pero no se había desvanecido en absoluto. Muchos de los prefectos y altos funcionarios del régimen eran antiguos jacobinos. La corte imperial era una institución mixta, que servía como una especie de motor de merito-

cracia. Al contrario que la del Antiguo Régimen, no se trataba de una casta social y jurídica separada. «Eran cortesanos domingueros, porque durante la semana trabajaban, dirigían enormes unidades y departamentos que gobernaban media Europa.» Englund se siente menos cómodo con el manejo de la política interna por parte de Napoleón durante esos años. «Llegamos a una vergüenza para el imperio», escribe del sistema de censura y propaganda, y añade, más indeciso, «que no se necesitaba; el emperador sabía más, quería otra cosa». De hecho, como él demuestra, Napoleón se volvió cada vez menos comedido con el paso del tiempo y a medida que el narcisismo inherente al poder autocrático se apoderaba de él. «No estamos aquí para hablar de la opinión pública», dijo al Consejo de Estado, «estamos aquí para controlarla». La clase media contemporánea, sin embargo, siguió agradecida por la retirada del pueblo de la escena política. Englund afirma que se trató de una retirada en gran medida voluntaria; la pérdida de la libertad de prensa, de reunión y de opinión no fue muy lamentada en medio de la recuperación del orden público.

El consentimiento en el que descansaba el régimen se debió en buena parte a las continuas carreras abiertas al talento que ofrecía. En los escalafones superiores, el imperio concedió 3.600 títulos nobiliarios, de los cuales el 58 por 100 a la burguesía, el 20 por 100 a las clases populares y el 22 por 100 a la antigua nobleza. Más abajo, sus «bloques de granito» estaban compuestos por unos 100.000 notables, hombres con propiedades y prestigio en sus comunidades locales, junto con funcionarios cuya promoción dependía del mérito en el servicio al Estado. La Legión de Honor, la condecoración preferida sobre todas las demás porque teóricamente estaba abierta a cualquiera, disfrutaba de un prestigio único. En 1812 había sido concedida a 25.000 personas, incluidos burócratas y nuevos nobles, artistas y científicos, pero principalmente militares.

Si tales eran las recompensas del régimen, ¿cuáles eran sus castigos? La policía y el sistema judicial constituían ciertamente organismos represivos, a pesar de que sus peores acciones ocurrieran al principio del Consulado, cuando 94 de 130 neojacobinos fueron acusados en falso y condenados por el atentado cometido en Rue Niçaise en 1800. Entonces Napoleón tenía más que temer. En 1814, el número de presos políticos era de 2.500 en una población de 30 millones. Otros 3.000-4.000 opositores políticos fueron condenados al exilio interior, un gran inconveniente, pero aun así una retribución indulgente si la comparamos con los días de la Convención, cuando se apresó a 300.000 personas y se ejecutó a 50.000. En opinión de Englund, es exagerado calificar al régimen de Estado policial. Por el contrario, imperio y consulado desplegaron por igual el autoritarismo liberal de un Estado de seguridad. Bonaparte gobernó con el consentimiento de la mayoría de los franceses. El consentimiento se obtuvo en parte mediante las proezas militares, en parte mediante la propaganda, a veces recurriendo al miedo, y otras apelando al egoísmo. Pero el control de las lealtades francesas por parte de Napoleón, aunque debilitado, sobrevivió a los desastres de 1812-1814 y lo trajo de vuelta para los Cien

Días que ocupan la cuarta parte del libro de Englund. Nunca llegó a perder su aura republicana. En 1815, hubo incluso intentos espontáneos de movilización popular desde abajo –los *fédérés*– para defender su vuelta contra la venganza de los Aliados.

Englund llega a la conclusión de que Bonaparte siguió siendo el «legatario de la Revolución, más que convertirse en su parricida, al principio de su carrera, al final, y durante la mayoría de las crisis, pero *no* en el medio (1807-1813)». Su libro ofrece el alegato más imparcial e inteligente para ese veredicto ahora disponible. No cabe duda de que contiene una veta de disculpa. El retrato que hace de Napoleón pasa demasiado a la ligera por su insensibilidad ante las bajas causadas por sus guerras, y no dice prácticamente nada –quizá el peor fallo del libro– de la restauración de la esclavitud, y del prolongado intento de aplastar la Revolución haitiana. Minimiza con eficacia la escala de las traiciones de Bonaparte a su juventud republicana. El propio Napoleón era más consciente de lo que había hecho, y de lo que no había hecho, que su retratista. La verdad de los años finales no la sabemos por el relato de Englund, sino por lo que nos dice el propio Napoleón. Quejándose del trato que le da la Coalición en el momento de su abdicación en 1814, comentó: «Podría haber depuesto al emperador Francisco y al rey Federico Guillermo, como podría haber dejado libres a los campesinos rusos contra el zar Alejandro, pero no lo hice». Aseveraciones hipotéticas similares, de las que él era capaz, faltan en esta biografía.

Englund termina revisando la incómoda relación de los posteriores regímenes y generaciones de Francia con la leyenda napoleónica. Rechaza firmemente comparaciones entre su protagonista y los dictadores del siglo xx, nos recuerda que Action Française, Vichy, Poujade y Le Pen raramente invocaron a Napoleón. A partir de la Tercera República, la opinión más radical ha concurrido con Larousse, distingue entre Bonaparte (admirable, progresista) y Napoleón (tiránico, antirrevolucionario). El propio De Gaulle exhibió la ambivalencia republicana. En 1938 escribió que «Napoleón dejó a Francia aplastada, invadida, vacía de sangre y valor [...] y todavía [123 años después] sintiendo el peso de la desconfianza de Europa». Pero añadió: «¿Debemos despreciar por completo el increíble prestigio del que rodeó a sus ejércitos [...] el renombre de poder del que aún disfruta la *patrie*?».

El actual primer ministro y probable candidato a la presidencia Dominique de Villepin, autor de un flamante estudio sobre los Cien Días, prefiere resaltar los paralelos entre Napoleón y De Gaulle en la dignidad de ambos hombres en la derrota, su «espíritu de sacrificio» al interés nacional francés. Pero Englund tiene razón al decir que Napoleón es una figura de mayor significación universal. Hablando de su tumba en Les Invalides en las primeras páginas de su libro, lo explica muy bien. «Lo más presente en este libro es la abrumadora percepción de la *posibilidad* humana, algo muy distinto a la esperanza.»